

Alina Reyes

La séptima noche



La séptima noche



Es medianoche. Una atractiva mujer entra en un hotel discreto y pregunta por una habitación donde alguien le espera. Está nerviosa: sólo ha visto una vez al hombre que la ha citado, y eso ocurrió hace ya dieciocho meses. Su deseo aumenta cuando él abre la puerta de la habitación en penumbra y, en vez de acercarse a ella, parece rehuirla. Minutos después, el hombre le recuerda que, tal como han pactado, esa primera noche no podrán tocarse, lo que lleva a la mujer casi a la desesperación... Se convierten así en «dos cometas ardientes, lanzados a vertiginosa velocidad, que se encontrarán el uno con el otro, aunque desde tierra parecen inmóviles, y procuran desviar ligeramente su trayectoria para retrasar el éxtasis de su desintegración recíproca».



Alina Reyes

La séptima noche

La sonrisa vertical 126

ePub r1.0

ugesan64 23.04.14

Título original: *La séptima noche*

Alina Reyes, 2005

Traducción: Elisa Garcés

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.1



ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



se

ePubLibre.org

Al amor en silencio,
y a los poetas citados en esta obra:
Kawabata, Gógol, Kafka,
Breton, Black Elk, Nietzsche, Keats.

Primera noche

Llegué a medianoche, según sus instrucciones. Hotel agradable pero discreto.

—Me esperan, habitación 58.

—Ahí mismo, a la izquierda. Buenas noches, señora.

Quizás hubiera podido no decir nada. O decir: «Me espera mi marido». Pero no tengo marido, ni quiero tenerlo. ¿Por qué debe preocuparme lo que pueda decir el recepcionista? Como si fuera la primera... Aunque me trae sin cuidado lo que hagan los demás y lo que puedan pensar. Si al menos pudiera excitarle un poco el imaginarse...

Apenas había dado un paso y ya no recordaba su cara. ¿Están vivos los demás, tienen cuerpo y alma, o son fantasmas? Incluso antes de que se sepultase en la oscuridad, detrás de mí, había dejado de pensar en él.

En el ascensor me levanté el vestido para comprobar si estaban bien puestas mis medias antideslizantes. Para nuestro primer encuentro no quise sacar toda la parafernalia, los ligueros y tacones de aguja. Por mucho que a ellos les guste todo eso. Y pese a que llevábamos esperando esa noche durante todo un año, en el cual nos habíamos limitado a mandarnos e-mails. Sin embargo, el intercambio de palabras deja las almas al desnudo y pone los nervios al rojo vivo.

La habitación debía estar sumida en la penumbra, así lo habíamos decidido. Nos habíamos visto una sola vez, dieciocho meses atrás, en una cena. Habíamos necesitado seis

meses para decidirnos a establecer contacto, simultáneamente. Un misterioso dedo había encendido la luz en nosotros, en un mismo interruptor, no se sabía dónde.

En el espejo lívido, mi rostro parecía salir de la nada. El ligero maquillaje no disimulaba las huellas del tiempo, y casi resultaba tranquilizador, pues surgía allí sin fin, como algo irreal y amenazante. Todo reflejo en un espejo es extraño, y además sólo duró un instante: oí pararse el ascensor y me volví hacia las puertas que se abrían.

De pronto desapareció el dolor de barriga que me había dado al apearme del taxi. Me hallaba en medio de un pasillo rojo, suave y cálidamente iluminado por unos apliques amarillos. En la pared de enfrente, una placa dorada señalaba los números 50 al 54, a la derecha; en otra placa, los números 55 al 59, a la izquierda. Hasta mí llegaba el leve rumor de un televisor. ¿Existen habitaciones totalmente insonorizadas?

Me había arreglado con esmero. Pero me sentía menos guapa que las veces en que salía con una mínima preocupación por mi apariencia. Lo que me faltaba aquella noche era precisamente despreocupación. Máxime porque tenía la vaga sensación de que, mientras procuraba ponerme guapa, había estado tan distraída, tan nerviosa, que podía haberme pasado por alto algún detalle capital, como, por ejemplo, peinarme, o esperar a que se secase el esmalte de las uñas de los pies antes de ponerme las medias...

Era demasiado tarde para comprobar si estaba hecho un espantajo. Por otra parte, enseguida se

me olvidó pensar en ello. Entregada a mi deseo, me interné en el corredor rojo, hasta su puerta. Replegué la mano derecha y, con la punta de los dedos, golpeé dos veces la madera oscura.

Oí sus pasos, abrió la puerta de par en par y se quedó en la penumbra. Una luz difusa, que llegaba del fondo de la habitación, le iluminaba por detrás recortando su alta figura, inmóvil en la oscuridad.

Permanecimos así un momento, mirándonos a los ojos. Yo no veía otra cosa, me aferraba a ellos. Por él había alcanzado el límite de la desesperación. Y de pronto... sentía todo lo demás, su cuerpo, su rostro, los sentía sin verlo, me bastaba.

La emoción me atenazaba la garganta y el sexo. Cuando avancé él retrocedió, se retiró a la oscuridad de la puerta. Tras cerrarla, dio un paso hacia mí y se detuvo.

Me daba la impresión de que el deseo iba a arrancarme la piel, hasta tal punto mi cuerpo se sentía atraído por el suyo. Inicié un movimiento hacia él, pero permaneció inmóvil y dijo «Todavía no», y repitió, más suavemente, «Todavía no...». No recordaba que su voz fuese tan cálida, tan firme y profunda.

Se dirigió a la ventana donde brillaba la lamparita. Pensé que iba a ofrecerme una copa. Pero comenzó a desabrocharse la camisa, de arriba abajo. Botón tras botón, la piel y el vello aparecían en la abertura con la lentitud de unos párpados pestañeando al salir de un sueño recurrente.

Una colcha de satén color azul moaré cubría la cama. Avancé hasta allí, sin atravesar ese río, al otro lado del cual él seguía desnudándose. Vi

aparecer su torso, su vientre, sus hombros, sus brazos. La belleza de su carne, con la que tanto había soñado. Menos escultural que escritural, belleza de un fruto grávido a punto de caer del árbol, del perfume de un fruto abandonado en verano en una habitación cerrada y cálida.

Se quitó el cinturón. Yo, jadeante, también empecé a desnudarme, conteniéndome para no gemir. La visión de su cuerpo me producía el efecto de una estaca clavada en mi raja e hincada hasta los pulmones. Me costaba mantenerme en pie.

Me quité el vestido sacándomelo rápidamente por la cabeza sin despegar los ojos de él. ¿Cómo podía amarse tanto como yo amaba en aquel instante? Cuando arrojé el vestido al suelo vi su miembro, medio erecto, y, bajo la mata de vello, entre los fornidos muslos, el relieve de su virilidad.

Es mi hombre, pensé. Va a ser mi hombre. Era algo tan hermoso, tan delicioso... Me entraron ganas de llorar. Había esperado tanto... Tantas veces había perdido la esperanza, y tantas había temido que la vida que nos alejaba nos separase definitivamente, antes siquiera de poder tocarle la mano...

Lo llamé por su nombre, él se acercó, abrió la cama del todo, me pidió que me tumbase. Intenté arrastrarlo conmigo en la sábana, pero no me dejó tocarle.

—Mañana —dijo—. La primera noche no tenemos que tocarnos...

Buscó las mantas del armario y las dobló en el suelo, para dormir allí. Conforme se movía, notaba su olor, el olor de su cuerpo a deseo sabiamente reprimido. Hubiera querido tomar ese olor entre mis brazos y besarlo.

Le di una almohada y le ayudé a hacer su cama improvisada, a fin de bailar con él ese lento ballet del no-me-toques. Hubiera podido arreglármelas para rozar su piel pero, al tiempo que me movía lo más cerca de él, me esforzaba en respetar su voluntad. Dos cometas ardientes, lanzados a vertiginosa velocidad, que se encontrarán el uno con el otro, aunque desde tierra parecen inmóviles, y procuran desviar ligeramente su trayectoria para retrasar el éxtasis de su desintegración recíproca.

Tomé la colcha de satén azul y la extendí sobre las mantas para que su cama fuera más suave. Me hubiese gustado ser su colcha, que durmiese sobre mí y se diese mil vueltas, con todo su cuerpo herido de amor... «Sin embargo, yo, antes que recibir muestras de amor llegadas del país del espíritu, antes que sobrevivir, siempre enamorada, en el Hades o en la vida futura, prefiero convertirme contigo en flor de ciruelo bermejo, en flor de adelfa. Entonces las mariposas que liban el polen nos unirán», dijo un poeta.

Sentada sobre la sábana, acabé de desnudarme lentamente —sujetador, bragas, zapatos, medias—. Él se había acurrucado a mis pies, la cara a la altura de mi vientre, muy cerca. Estaba erecto. Pero no quiso que le acariciase, ni siquiera acariciarse para mí o acariciarme. Se levantó a apagar la luz; toda su carne vedada e irresistiblemente tentadora atravesó las sombras para luego no venir conmigo.

«La primera noche no...». Cubrí con la sábana mi cuerpo desnudo y, hecha un ovillo, intenté dormir. Tenía los ojos abiertos en la oscuridad.

¿Por qué miramos la penumbra cuando no hay nada que ver, y aun si hubiera un fabuloso espectáculo no veríamos más que lo que se mueve tras las pupilas? Pero siempre hay una luz que, desde el fondo de la más oscura noche, asciende como un reflejo lejano de las pupilas, y sin duda eso es lo que esperan nuestros ojos fijos.

Le oía respirar, yo contenía mi respiración para escucharle mejor. También él se revolvía en su lecho. Yo tenía calor. Aparté la sábana hasta el borde de la cama con las manos y los pies. Comencé a urdir rebeliones y a forjar frases en mi cabeza, a buscar explicaciones. Él no era impotente, eso lo había comprobado. ¿Entonces?

Pero, apenas surgidas, las frases y las rebeliones se desvanecían en el espacio infinito de mi amor, se enroscaban en la cuerda de mi tenso deseo, tenso entre mis muslos como un falo que proyectaba un flujo continuo de fantasmas sobre él, quien, tumbado a mis pies, se atormentaba.

Acurrucada con las piernas encogidas, y adoptando la respiración regular del sueño, dejé que mis nalgas se desbordasen de la cama, por encima de él.

Le presenté mis nalgas y mi espalda, donde esta se hiende y se hincha para hacer de dos almohadas la alegría herida de los hombres, y traza un camino a su arma de amor. Con el aliento profundo de la durmiente, dejé que mis nalgas ofrecieran su luz y propusieran su sombra, por amor lo hice, por amor lo comprendió, y terminó durmiéndose.

Yo ahora escuchaba su aliento de durmiente, su aliento que me parecía notar en mis nalgas

fuera de la cama, y me sentía tan bien que ya no intentaba dormirme, pero me dormí.

Así fue nuestra primera noche, su aliento en mi carne, su aliento sosegado que subía hasta allí donde tengo más carne, y mi carne, relajada, fiel y cariñosa, que desde arriba velaba por él.

Segunda noche

Regresé, traspasé de nuevo la puerta del hotel, de mi hombre, virgen y puta.

Llegué unos minutos antes. Fui a sentarme en el bar y encendí un cigarrillo. Me di cuenta de que no estaba sola al descubrir una mirada hacia mis piernas cruzadas. En la mesa del rincón, una pareja todavía joven discutía gravemente en voz baja. Vi que existían y se me encogió el corazón.

Volví la cabeza, expulsé el humo hacia otro lado. El cigarrillo me provocó un leve mareo. Lo apagué, tomé un caramelo de menta del bolso, lo chupé y lo mastiqué. Me levanté y subí.

Cuando me abrió la puerta, me entraron ganas de gritar de alegría. Temía que no hubiera acudido a la cita. Nos abrazamos, nos besamos, apretados el uno contra el otro: bocas pegadas, lenguas fundidas, mi cabeza tendida hacia él, la suya inclinada sobre mí, más, un poco más.

Me ayudó a quitarme la gabardina, y yo, dejándome llevar por un impulso, le tomé de la mano, como una niña. Hubiera querido besársela pero no me atreví, la solté.

En la mesa había una cubitera con una botella de champán. Sirvió dos copas. Yo sonreía tanto que el alcohol me chorreaba por la comisura de los labios. ¿Por qué se bebe cuando ya se está borracho?

Pero no bebimos mucho rato, y volvimos a

besarnos. Sus manos en mi espalda, en mi nuca, en mi cintura, las mías en sus hombros, en su torso. A partir de la cintura estábamos pegados, pero, más abajo, sin comprender por qué, yo entablaba una vana lucha para fundir mi vientre con su sexo. Acabé deslizándome por su muslo, que estreché entre los míos, con ardor redoblado a cada instante.

Con la boca colmada por la suya, sofocada de felicidad, me abandoné al goce que sentía ascender en mí. Pero él me apartó y se retiró de mis muslos y de mi boca.

—Todavía no —me dijo al oído.

Decepcionada, le pregunté por qué, pero no contestó. Yo creía que debía saber que podía tener varios orgasmos durante un mismo acto sexual. De ese modo, ya no desearía «reservarme» hasta el final.

Pronto dejé de pensar en ello. Seguía experimentando la delicia de su aliento en mi oído, de su voz tan próxima, próxima y penetrante. Me hubiera gustado que lo hiciese eternamente, aunque fuera para luego decirme: «Todavía no...».

Nos desnudamos ayudándonos el uno al otro.

Nosotras estamos hendidas, pero ellos están heridos. ¿Por qué experimentan los hombres ese dolor interior que han de calmar a base de drogas y violencias?

Yo conozco a este hombre porque los conozco a todos, y le comeré lentamente su mal, en su pecho. Cuando me incorpore su sangre amarga correrá todavía entre mis labios, pero yo destilaré su miel, sanaré su llaga con la miel que él habrá

fabricado para mí.

Nos metimos en la cama. Hoy las reglas dictaban que hiciéramos lo que quisiéramos, pero sin llegar al orgasmo y sin tocar las partes genitales con las manos o la boca.

Permanecimos tumbados de lado, el uno frente al otro, mirándonos. «Te amo, Bestia.»^[1] Primero nos acariciamos el pelo y el rostro. Sabía que él ardía con el mismo fuego perpetuo que yo, estábamos locos de amor, y frente a frente en esa cama de brasas nos consumíamos tan dulcemente que creímos morir. Su oreja, sus mejillas, su nariz, sus labios, su frente..., nos leíamos el alma y la vida, y cómo su alma atravesaba la vida... «Perplejo, inmóvil te contemplo... mi pensamiento ha enmudecido ante la inmensidad de tus espacios... contigo he vivido sueños poéticos, impresiones divinas...», dijo un poeta hablando de la Santa Rusia.

Nos mirábamos hasta morir, nuestros ojos eran llamas y sol, tocándonos lentamente con la punta de los dedos nos reducíamos a cenizas, hasta la última chispa, aquella en que se renace para sí y para la mirada del otro. Comenzaron a brotar las lágrimas.

A veces deberíamos poder estar en el corazón de un profundo bosque y gritar, gritar al cielo.

Comencé yo. Me acurruqué y contemplé su cuerpo, aquel fantástico paisaje de carne extendido sobre la cama, ofrecido y vedado. Posé las manos en su cuello, las dejé resbalar y pasearse

por toda su piel, de arriba abajo y de abajo arriba, tan pronto masajeándole como arañándole, rodeando largo rato las partes genitales que no podía tocar.

Posé mi cabeza en su vientre, a unos milímetros de su polla hinchada, y respiré el olor que subía de ella.

Era tan hermosa y tan tierna... De tan cerca la veía un poco borrosa, un poco doble... Y mi oreja pegada a su vientre como contra una concha gigante me transportaba a un mundo de espuma, y mis dedos querían rascar la arena, rozando la linde de sus pelos, y mis ojos querían cerrarse.

Agotada de deseo, cerré los ojos y me dormí con la cabeza pegada a su vientre. Unos instantes, unos minutos, pero, en tales momentos, ¿quién puede contar el tiempo? Tuve un sueño, un sueño en el que me reía, me reía tanto que me desperté gimiendo.

Me agarró por la nuca y me aparté de aquella orilla del río. Subiendo hacia él, froté la nariz contra su ancho torso, lamí los pelos, lo chupé, pero estaba demasiado nerviosa y me acurruqué encima de su cara, apoyándome en la pared, con los muslos bien abiertos, para que viese cómo me ponía, lo mojada que estaba.

En el bosque profundo hay brujas que montan aquelarres y le lamen el culo al diablo. Hay faunos y sátiras, y ninfas a quienes se tiran. Hay un río con sierpes en el fondo que atraen a los hombres para chuparles el rabo. Hay furor en mi bosque profundo, y el culo del diablo sabe bien. Pero a mí no se me permite. No se me permite esta noche.

—Ven —dijo.

Fuimos al baño y él meó. Me gusta el ruido que hace, porque es suyo. Parece una fuente de guijarros dorados derramándose.

Luego meé yo. Era un goce. Las gotas finales, alborozadas, sonaron como notas de piano.

Sentada allí, le veía mirarme y casi me dio miedo. ¿Cómo puede una mujercita dedicarse a esos juegos con un hombretón, un hombre tan fuerte que podría matarla si quisiera?

Me levanté, le tomé la mano, me arrodillé, le besé los dedos, me temblaba la voz cuando le dije:

—Te quiero, te quiero demasiado.

Le lamí sin alzar los ojos, no me atrevía a ponerme en pie.

Me llevó a la cama en brazos. Yo me sentía orgullosa igual que una reina. En sus brazos creía desvanecer, ya no tenía cuerpo, era un alma de carne, toda yo lo amaba y él era mi dueño; así, dueña de mí misma, lo tomaba como dueño y servidor, pues ahora iba a dedicarse a mí.

Me hubiese gustado hacerme pipí encima y hacérselo encima. ¿Qué sucede cuando no nos corremos? Que nos volvemos locos.

—Hazme pipí encima —le dije—. Hazme pipí por todo el cuerpo.

Acababa de dejarme en la cama, me puse en pie, empecé a arañarle en el pecho y a darle puñetazos.

—¡Vamos! ¡Hazme algo!

Me asió por las muñecas con fuerza y dijo fríamente:

—Si quiero.

Nos miramos, y todo se volvió negro.

Me soltó, yo dije que tenía frío y me puse el vestido. Él se puso la camisa y los calzoncillos. Tenía ganas de largarme pero me daba cuenta de

que, al otro lado de la luz, se estaba bien. Algo subía por mi cuerpo como una nube oscura. Era grato. Y tentador.

Me trajo una copa de champán. Encendí un cigarrillo y nos bebimos toda la botella. Yo estaba sentada en el borde de la cama; él, en el sillón. Volvía a quererle, tenía ganas de decirle salvajemente que le quería, me daba rabia quererle tanto.

Abrió el minibar y sacó una botella pequeña de whisky. Me la alargó, tomé un trago, se la devolví y bebió unos sorbitos. Le pedí que me enseñara la polla.

Se rio pero lo hizo. Le dije que se quitase del todo los calzoncillos y la camisa, que me impedía verle. Y que apoyase los muslos en los brazos del sillón para poder verle mejor.

Bajé de la cama y fui a gatas hacia él. Acerqué la cabeza muy cerca, entre sus piernas, y lo olí con fruición. Le dije que íbamos a jugar a ser perros. Que se pusiera a cuatro patas y me siguiera olfateándome el culo. Me levanté el vestido hasta la cintura y empezamos a pasearnos así por la habitación.

No había sitio donde moverse. Entré en el baño con él detrás. Volvía a tener ganas de mear, con tanto champán... Meé. A cuatro patas y sobre las baldosas. Después seguí avanzando para obligarle a meter las rodillas en mi pipí.

Me llevó en brazos a la habitación. Me colgué de su cuello mientras le susurraba mil palabras dulces. Me tumbó en la cama y me besó.

Me besó en la boca, luego en el cuello, en los pechos, en el vientre, en los muslos, en los pies. Yo

le decía cosas, estaba tan contenta... Me dio la vuelta para besarme por detrás.

—Muérdeme —le supliqué cuando llegó a las nalgas.

Le pedí también que me azotara y me mordiera en la nuca. Era un modo de olvidar la quemazón en los lugares donde no podía tocarme.

Me dio la vuelta de nuevo, me abrió las piernas y me lamió en el interior de los muslos, donde podía permitírselo. Yo no podía permitírmelo, pero aun así me corrí, sólo con eso. Luego empecé a reírme, y él se rio también, conmigo.

Así fue nuestra segunda noche de amor. Para no tener más tentaciones, nos vestimos y hablamos el resto de la noche, bebiendo tranquilamente, entre risas.

Tercera noche

Al marcharme le pregunté cuáles serían las reglas para aquella noche. Contestó que ya podríamos tocarnos por todas partes, pero sólo con las manos y sin llegar al orgasmo. Intenté parlamentar, convencerle de que limitarse a la masturbación ya era una sujeción más que suficiente. No quiso abdicar de ese principio. A partir de la cuarta noche podríamos corrernos, pero era importante someterse a cierta disciplina para estimular nuestra imaginación.

—Quiero ver tu alma —dijo.

Antes de salir, tomé un baño y me acaricié en el agua, imaginando que él haría lo mismo, para aguantar mejor durante la noche. Me hubiese gustado verlo, verlo mientras... ¡Dios mío, cómo lo quería, cómo anhelaba su placer! Hubiera deseado que lo hiciera todo el día, que gozase a solas todo el día.

Me planté en el hotel una hora antes. Aquella noche quería verle llegar. Entré en el bar. Todas las mesas estaban ocupadas. Hombres trajeados y encorbatados: un supuesto grupo de ejecutivos en viaje de negocios. Cuando ya me iba, la única mujer que había en el local me hizo señas desde la mesa del rincón.

Me acerqué. Era una morena de unos treinta años, alta y metida en carnes, bastante elegante y muy jovial. Me invitó a compartir su mesa y

acepté. Me dejó probar su cóctel y pedí lo mismo. Dijo que le encantaba que yo estuviera allí porque empezaba a deprimirse con aquella panda de capullos. Yo también estaba encantada; era muy divertida.

Me preguntó sobre mí, saltando de un tema a otro. Yo contestaba lo primero que se me ocurría, pues en el fondo daba igual. Me examinaba. Su mirada era segura, y su boca, acariciante.

Me ofreció tomar una copa en su habitación, donde estaríamos más tranquilas. Le dije que a las doce debía reunirme con mi amante. Me gustó decir «mi amante». Mi amante, ese hombre es mi amante...

Pidió dos cócteles más y subimos con nuestras copas a la habitación. Nos tumbamos en la cama y continuamos hablando. Quería saberlo todo acerca de mi amante. Se lo conté.

Se acercó y me acarició el pelo. Dijo que yo era guapa, y que aquel hombre era muy tonto porque no me dejaba correrme. Me eché a llorar pensando que tenía razón, que aquella era una historia muy rara. Entonces me besó.

Yo me dejé. ¿Qué quiere decir «dejarse»? Las palabras son abismos, al borde del abismo hay un tobogán por el que me encanta deslizarme, y me gusta dejarme. Si nos detuviésemos en cada palabra para pensar en ella, reinaría un gran silencio en el mundo. Pero el silencio está ahí, y me gusta escucharlo, dejar que actúe en mí.

Ella se había medio tumbado sobre mi cuerpo, con el suyo, pesado. Yo seguía llorando, pero así me sentía mejor. Ella me besaba moviendo con fuerza la lengua, y su mano subía bajo mi vestido, sus dedos se deslizaban hacia mis braguitas. Notaba sus uñas, sus falsas y largas uñas azules. Me las quitó, me abrió las piernas y me hizo

corrermelo con sus dedos llenos de uñas y su larga y musculosa lengua.

No tardé ni tres minutos, y eso la hizo reír. Me dijo que era muy rápida, yo le dije que ella era una experta. Quise saber si lo hacía tan bien con los hombres, pero esbozó una mueca. Aun así le pregunté si quería acompañarme, sólo para sustituirme en el último momento y hacerle correrse, dado que yo no podía. Al final aquello le pareció divertido y aceptó. Nos retocamos el carmín, muy contentas, y subimos a la quinta planta.

Pero nada de todo eso sucedió, sólo me lo imaginé tomando una copa con aquella gorda fantasiosa que no paraba de hablar y a quien yo no escuchaba, pues miraba sin cesar hacia el vestíbulo, con la esperanza de verlo aparecer.

Tenía ganas de que pasara, siquiera furtivamente, sin que se diera cuenta, amor mío. Pero los ejecutivos empezaron a levantarse, uno tras otro, y durante un largo rato llenaron el vestíbulo con sus idas y venidas. Debió de entrar sin que yo lo advirtiera. A no ser que hubiese llegado previamente. En cualquier caso, se hicieron las doce sin que lo hubiese visto. Tal vez no había acudido a la cita...

Antes de besarle, toqué su sexo a través del pantalón. Cerré los ojos de placer. Nos tocamos, así, de pie: deslicé la mano por su pierna, la suya subió hasta mis bragas, lo acaricié, todavía blando pero mojado, sentí sus adorados dedos y comencé

a gemir; él vio que iba a correrme y los apartó.

Le desabroché el pantalón, se lo bajé hasta los tobillos, me arrodillé ante él y ya estaba completamente erecto. Lo miré ardiendo en deseos de besársela, o al menos probada con la punta de la lengua, allí, en la cabeza desnuda con su brillante lagrimilla en la ranura. La rodeé con la mano derecha y no me moví durante el tiempo que tardó en ablandarse en mi palma y volver a ser un pajarito primaveral, repleto de promesas secretas. «¿Adónde nos empuja el deseo?», dijo un poeta. «Nos empuja fuera de casa... Tentadora era la flauta, tentador el fresco arroyo...».

Me incorporé, nos besamos largo rato sin dejar de tocarnos. Ahora nos masturbábamos abiertamente, con fuerza. Nos detuvimos *in extremis*.

Se subió el pantalón y me entristeció ver desaparecer su tesoro. Todavía marcaba un grueso bulto bajo la tela. Deslicé las bragas al suelo y dejé caer el vestido.

Tomamos una copa, y él dijo que le gustaría ver qué había en mi bolso de terciopelo púrpura. Se lo alargué. Abrió los dos lados unidos por un sencillo cierre, y del interior sacó otro bolso, de cuero negro, más pequeño y con cremallera.

Del bolso de terciopelo extrajo una bolsita de tela que contenía dos tampax, un salvaslip y dos toallitas. Una agenda con un bolígrafo, una caja llena de caramelos de naranja y menta y un teléfono móvil, apagado. Tres billetes de metro usados, dos entradas de cine, una de museo, un plano de metro, unas gafas de sol, un pasador dorado, un pequeño joyero metálico convertido en

pitillera y un mechero de plástico color fucsia.

Abrió el bolso de cuero negro: pasaporte, portamonedas, cuyas monedas se habían derramado en el fondo del bolso, dos tarjetas de crédito en sus fundas, que a su vez contenían varias tarjetas plastificadas, un carné de biblioteca con foto antigua, otro sin foto, un pintalabios, un lápiz kohl negro, un protector labial, un espejo con motivos florales asiáticos, una muestra de perfume, una foto de él manchada de carmín, unas tijeras para las uñas, un peine dorado, varios billetes de metro sin usar y un manojo de llaves.

Tomó el espejo, las tijeras y las llaves. Me hizo sentarme en el sillón, con la falda levantada por encima de la barriga y las piernas apoyadas en los brazos, como él la víspera. Me tendió el espejo y me dijo que me mirase el coño. Me lo coloqué entre los muslos y miré.

Deslizó una llave en su interior, pero los músculos se me contrajeron y la rechazaron. Volvió a introducirla y procuré mantenerla dentro. El manojo colgaba en el hueco de los muslos y me cosquilleaba un poco, pero contuve la risa para que la llave no saliera.

Comenzó a cortarme los pelos con las tijeras. El acero brillaba en la carne lisa, era tan bonito y producía un crujido tan grato que empecé a jadear lentamente y expulsé varias veces la llave.

Sólo me cortaba los pelos que crecían en el borde de los labios, uno a uno. Muy pronto renuncié a mirar la operación en el espejo, pero cada vez que volvía a introducir la llave sentía el contacto de las finas hojas puntiagudas, el frío del acero y su dureza. A cada instante me parecía estar a punto de correrme, pero algo me lo impedía: una lámina de terror pulida y helada como un espejo que se interponía sutilmente entre

la excitación y el orgasmo, llevando la sensación a un grado de intensidad desquiciante, porque era continua. Respiraba con más fuerza, gemía débilmente, me daba vueltas la cabeza...

Luego el suplicio fue reduciéndose. Había echado la cabeza hacia atrás y percibía su olor. Él estaba allí, de pie contra el sillón, desnudo, erecto. La rodeé con la mano y comencé el vaivén.

Dios mío, qué fabulosa máquina. Pensé: toda la vida, como el primer día en que sentí una en la palma de mi mano, seré esa jovencita fascinada por la mecánica del hombre. No tiene límites ese sagrado estupor que me invadió la primera vez ante la capacidad de metamorfosis del sexo del hombre, no tiene límites esa fascinación... Es infinita, infinita... Es igualmente infinita mi gratitud hacia el hombre a quien amo y que me brinda eso, el poner eso en marcha... Infinito es mi amor...

Al tiempo que le frotaba entre los muslos con la mano izquierda, jugué cuanto pude con su excitación y con la mía, alternando ritmos, presiones, pasión y tiempos de reposo... Luego lo masturbé hasta el límite, hasta que, gimiendo y esbozando una expresión de placer, me asió con fuerza la muñeca para apartarme la mano y, en un último esfuerzo de voluntad, contener la eyaculación.

Me llevó en brazos a la cama. Yo temblaba todavía, transida de amor. Nos desnudamos completamente, nos cubrimos con la sábana y

pasamos horas hablando, besándonos, riendo, acariciándonos de cuando en cuando dulcemente. Le conté lo que había hecho mientras le esperaba, y mi fantasía con la morena gorda, mi idea de que le hiciera correrse para mí...

Nos dormimos abrazados. Así fue nuestra tercera noche, durante la cual aprendimos a acercarnos cada vez más al goce supremo, a acercarnos cada vez más el uno al otro.

Cuarta noche

Amor mío, llega ya la noche de la mitad del camino. El momento ansiado, el momento de la resolución y del goce, el momento tan anhelado... El momento oscuro de la mitad de nuestra vida, donde hallaremos la luz... Luz y voz... Tu voz, cálida, firme y profunda en el hueco de tu mano, que busca la luz, tu voz, que se mueve, corre y se responde, entre espasmos y cascadas escucha y se responde, he aquí tu voz en tu mano, que se abalanza una y otra vez, afluye la sangre, se estira la piel, el mundo endurecido se alisa y se desliza subrepticamente por el tamiz del cuerpo, he aquí que en tu mano sientes llegar tu voz, la auténtica, y se espasma y se propulsa, propulsa su luz...

Perlas, perlas de luz alrededor de mi cuello, quiero que me asfixies.

La mano que escribe es la misma que te masturba, te escribo, aquí en mi cama, esperando la noche de la mitad de nuestra vida...

Amor mío, se acerca la hora en que vamos a perdernos y a ganarnos. Coge tu polla, es a mí a quien asfixias. Mi carne de amor, cálida, firme y profunda, toda envuelta en alma...

Esperas a tu putilla está aquí, paraíso soy aquí con mis dedos tu mano soy, estoy aquí donde me esperas, donde no me esperas. El tiempo es mil y tres entre mis dedos, mil y tres espasmos soy tu chorro de semen tu luz, soy tu silencio soy tú y entro en ti, soy tu voz que entra en mí y te contesta.

De la mitad llega, mitad de la luz, mitad del

bosque oscuro

allí donde la noche crece se anuncia el alba

estoy aquí está aquí tu putilla mamá está aquí

soy tu goce tu putilla a quien nada gusta tanto
como masturbarte que te masturbes a quien nada
gusta tanto como masturbarse de ti

ven mi único yo soy tu única ven lentamente a
asesinar me si es lo que ansías ven a matar a tu
madre esa puta que nunca te amará suficiente ven
papá mío ven a ver correrse a tu santita llena de
noche fuego en el culo llena de llamas negras

oh todo viene de tan lejos, el goce y el rechazo
a gozar, de los ejércitos de sombras en la memoria
de la sangre, en el músculo y la carne, en la forma
de los huesos y la materia enroscada del cerebro,
de las religiones apuradas hasta el cáliz por
generaciones, del mundo de las Ideas que no son
más que ideas del mundo, pero el mundo está
aquí, luz y voz, para quien quiere vedo tal cual y
escucharlo

por dónde crees que hay que pasar para salir
del infierno

si hay que pasar por ahí, por la negra palabra
por la negra palabra la digo a través de tu voz
cálida firme y profunda

asesina

soy la raja la tronera masturbémonos vaya
matar a tu padre que no amó lo bastante a tu
madre vaya matar a mi madre que no amó lo
bastante a mi padre masturbémonos

mi padre va a follarse a tu madre tu padre va a
follarse a la mía masturbémonos masturbémonos y
nosotros seremos hermano y hermana

y nosotros te amo yo te amo

olvida todo esto hermanito mío

olvida y no olvides la infancia apagada por la
universal

mentira la infancia deslumbrada
donde crece la noche te amo donde llega el día
te amo

te amo añoro tanto el mundo entero te amo,
mi amor, ángel mío, acaríciame con tus plumas
mi amor nuestros dedos entrecruzados para la
eternidad medio hermano media hermana nos
acariciamos con las alas planeamos con nuestras
alas

allá los perversos allá los malos no podrán con
nosotros

volamos a través de todo volamos tanto te amo
conoces

todo el cielo

mátame mátame mira te mato

en pleno vuelo nos matamos

sol negro mediodía llega el hálito de mediodía
punto de exclamación punto cero del orgasmo ya
está va a brotar te veo amor mío te oigo

de pie cabeza abajo soy tu punto de
exclamación soy tu chorro de semen siento vértigo
fluyes entre mis muslos

y todo está al revés al derecho del revés allí
donde soy de piedra allí donde soy para ti,

mi violento mi tan violento amor por ti he
labrado la brisa y el canto de los pájaros

me he vestido de piel de página blanca

para ti en los jardines trazo un laberinto cada
día con mis pasos

para ti mi tierno, mi gozoso, mi adorable, mi
muy violento amor, para ti mi arco

deslizo palabras cada día en tu cama

y espero nuestra noche de la mitad.

Llovía aquella noche. Llegué andando,

descubierta en las aceras mojadas por la lluvia. Tenía mil años, y mi amante, dos mil, yo diez mil y él diez años. Caía la lluvia, la lluvia que ríe, la lluvia que llora. Llevaba mi carta en el bolso, pero no para enseñársela, sino para tener en ella una amiga que me acompañase.

El día en que se goza al mismo tiempo que el otro, siempre que haya amor, es como el día en que se dice te quiero. Si el tiempo es un tallo, brota de él una flor y, quizá, si se está en el jardín, se la ve abrirse y puede uno ofrecérsela al otro. El día en que se goza al mismo tiempo que el otro crea frases llenas de «si...», después del «si...» viene el infinito. Y yo, tan mojada como la ciudad eléctrica, caminaba con prisa y cantaba.

Llegué pasada la medianoche y subí sin mirar a ningún sitio.

Me senté contra las almohadas con los muslos abiertos, él, acucillado ante mí. Ese era el juego, el juego de aquella noche. Mi hombre conoce los juegos. Es ágil, dúctil y vivo como un delfín. Yo había jugado hasta entonces como una niña, él juega como un dios. Ahora me pregunto: ¿cómo se puede vivir siendo un hombre sin jugar como un dios? A veces soy torpe pero lo amo con locura, y quisiera que me perdonase.

Jugamos, cada uno para sí, cada uno para el otro, con nuestros ojos y también con nuestra voz.

—Dime qué quieres.

—Oh, «la torre Saint-Jacques tambaleante cual un girasol», dijo un poeta... Tu polla querida, tus

huevos queridos, tu mano querida, que sube y baja.

—¿Qué más?

—Tus ojos, que me miran, que suben y bajan. Que me miran mientras me masturbo, mientras te hablo.

—¿Qué más?

—Tus muslos, donde me gustaría reposar la cabeza... Tu cuerpo, que adoro... Tu cabeza, que me comería...

—¿Qué más?

—Veo que estás excitado... Que te quiero... Demasiado...

—¿Qué más?

—Que me quieres... Que eso me hace... ¡Oh, ángel mío! ¡Me encanta que hagas eso! ¡Es demasiado hermoso, me gustaría mirarlo sin parar! Me mira, me mira, ¡sólo a mí me mira! ¡Mira, mira lo que me hace...!

—Sí, te miro... Desde mis dedos te miro... con tanta fuerza...

—Yo también te miro, ¡me salen dientes, en los ojos de tanto que te miro! ¡De tanto como me gusta tu polla! ¡De tanto, de tanto! De tanto como vaya corriendo...

—Muy bien, hermosa mía... ¿Qué más hay para mí?

—Empiezo otra vez...

—¿Y qué más?

—Te me doy.

—¿Te me das?

—Todo te doy. El cielo te doy. Lo tomo y te lo doy. Mis sueños de día y de noche, todos mis fantasmas te doy. Mi cuerpo te doy. Todos mis agujeros, mi coño, mi culo, mi pecho... Y mis ojos, mi nariz, mis orejas, también te los doy. Aunque me tapes por todas partes, siempre encontraré la

manera de escapar por donde se escapa el alma para ir a susurrarte sensaciones de amor... Mis pies te los doy para estar encima de ti... Mi vida, que te delira para masturbarte dentro... Mi miedo de ti te lo doy... Mi corazón, que sangra de placer, mi corazón que sangra de pena es para ti... Y la mano también... La tomo y te la doy...

—¿Qué más?

—Mi secreto.

—¿Qué más?

—Tu secreto.

—¿Cuál es tu secreto?

—Pues que te quiero, te quiero más que a nada.

—¿Y el mío?

—El mismo. ¿Vamos a morirnos?

—Te quiero.

—Vamos a correrlos...

Así fue nuestra noche de la mitad, nuestra cuarta noche. Frente a frente, el uno por el uno, el uno por el otro, el uno al otro nos hablamos el mayor tiempo posible, estuvimos juntos hasta el momento en que, en la cúspide del orgasmo, como siempre, cada uno quedó atrapado en su propia soledad.

Quinta noche

Lector, tengo que hablarte. ¿Crees en mi historia? Es la historia verdadera de un hombre y una mujer que se hablaron durante mucho tiempo, durante tanto se hablaron que se chiflaron de amor. La escuchas, te la digo con una música, porque era así, de allí nacía una música en la que yo me balanceaba, y me oyes a menudo, en este mismo momento, por ejemplo, en que escribo en el borde de mi cama, y me balanceo como se balancean los locos.

Lector, escúchame: el amor que mueve el sol y las demás estrellas, es decir, aquello de donde brota el pensamiento poético, que te hace tutear a la luz y gozar sin descanso, ese amor te vuelve loco, y loco de amor has de trenzar palabras en columpio, en columpio, en columpio... No quiero decir para masturbarte como se masturba uno el sexo, pero aun así para masturbarte, sí, para masturbarte el vacío.

Así, lector, en este instante estoy sola en medio de la noche, todo es silencio y me balanceo en el borde de la cama, medio desnuda, medio solamente, porque el deseo de escribir me ha asaltado en la mitad, y cuanto quiero decirte es que no debes tomar mi historia al pie de la letra, sino en su cabeza.

¿A quién amo? Amo a quien amo, a quien amé, a quien amaré. Aquel a quien amo es una espiral

en el tiempo, y esa espiral no tiene fin, ni yo, que la amo. Y cuanto quiero decirte es que sólo existe el amor.

Había llegado el día de la quinta noche, si es que el día llega antes que la noche. Eso es lo que creemos cuando nos levantamos y nos disponemos a llenar el día, pero en realidad primero es la noche, si no, no habría aurora.

Soplaba el viento al caer el crepúsculo, lo recuerdo. A veces, incluso se borra la imagen de Aquel a quien amo, ¿no es extraño? En cambio, el recuerdo del viento no se va. Otras veces nos preguntamos a quién amamos en tal o cual persona. O bien a qué persona en esa persona. Tal vez a nadie, a nadie salvo al viento que sopla en ella...

Una ráfaga, una voz, cálida, firme y profunda, esa voz u otra, ese ritmo u otro, esa melodía, ese vuelo, el modo que tiene esa música de volar, esa forma, ese movimiento, el modo que tiene esa forma de moverse... Ese canto, ese perfume, ese paso de baile, el modo que tiene esa carne de soñar...

El error es creer que el amor se explica mediante la psicología, o incluso mediante el psicoanálisis, que puede inscribirse en alguna forma fijada en el marco de la constitución. Ahí se injertan los afectos y proliferan las guerras. Pero el amor verdadero forma parte del arte, es la persona como obra de arte, obra de Dios, si se quiere, susceptible de amar y de ser amada de verdad.

Y el arte no ha cesado de destruir su objeto para transformarlo en perpetua fuente de vida. El arte es el viento, que sopla, limpia y pasa, y por

ello el objeto del amor es en realidad inaprensible y, sin embargo, queda eternizado por la eternidad misma del amor, el tiempo lo indulta a fuerza de ser amado.

Me desperté con el mejor humor del mundo, después de salir de un sueño en el que, suspendidos en un balcón, habíamos danzado juntos un baile sublimemente sensual y etéreo, tras el cual habíamos intercambiado un beso tan fogoso, tan voluptuoso, que, sin tocarnos, sin más contacto que la presión de nuestros cuerpos estrechamente abrazados, nos habíamos corrido sin desnudarnos.

Todavía exultante, antes de volver a casa di un largo paseo por calles y plazas, plazoletas y jardines. El sol primaveral resplandecía por doquier, todos los jóvenes, todos los hombres con quienes me cruzaba me adoraban y yo los adoraba a ellos, mi ágil y ligero caminar era un modo de decirles «¡Oh, gocemos!», y eso era lo que oían; me crucé también con una muchacha cuyos ojos parecían perdidos en sus pensamientos, y en su rostro levemente inclinado temblaban, como en la superficie del agua, las ondas de su alegría; sí, estaba enamorada y navegaba en su reino, y a mí me hubiese gustado que mi amante la viera, y pensé mucho en él, me hubiese gustado mostrársela y decirle soy yo.

Al anochecer se levantó el viento, y yo, como en una columna de aire caliente, me elevé de nuevo en el goce prometido, el goce de aquella próxima noche.

Aquella noche podíamos hacerlo todo, siempre que su sexo no penetrase entre mis piernas. Le dije que, puesto que me había hecho gozar la noche anterior, yo ahora quería, en compensación, dedicarme plenamente a él. Le hice acomodarse en el sillón después de desnudarme por completo.

Le tendí una copa, pero antes de dejarle beber le acaricié un poco, besándolo y tocándole la polla a través del pantalón. Mientras bebía me afané por la habitación, deshaciendo la cama, pasando al baño, abriendo la ventana y asomándome un rato para sentir el aire fresco en mi piel estremecida...

Luego llegó el momento de desnudarlo y llevarlo a la cama. Primero me arrodillé para desatarle los zapatos y quitarle los calcetines. ¡Dios mío, qué excitantes eran sus pies! Comencé a besar con fervor sus pies y sus tobillos... en recuerdo de aquel profesor de matemáticas con quien fantaseaba en tercero de bachillerato, cuando miraba, bajo la mesa, sus tobillos enfundados en fino tejido de punto, que al sentarse quedaban descubiertos bajo el dobladillo del pantalón... en recuerdo suyo, y en homenaje a la belleza de los hombres, me humillé con delicia ante sus pies, y también en homenaje a la infinita fuerza de mi amor, en homenaje al cuerpo de mi amado... y al mío, que tan bien sabía reconocer todos los placeres y hacerlos suyos...

Terminé de quitarle la ropa con mucha calma y seriedad, doblándola cuidadosamente en el respaldo de la silla. Él me dejaba obrar a mi antojo, muy formal. Una vez estuvo desnudo, le dije:

—¡Hale, a la cama!

Le hice tumbarse boca abajo y, con las muestras de leche corporal que había encontrado en el baño, comencé a masajearle la espalda, comenzando por la nuca.

Sentada a horcajadas sobre él, fui bajando a ambos lados de la columna vertebral, procurando no apresurarme en llegar a donde tanto me urgía estar. Pero me encanta esa idea un poco viciosa de fingir, siquiera para una misma, no saber adónde se quiere ir...

Al llegar a las nalgas no quedaba suficiente leche para deslizar bien las manos por su piel. Mezclé el resto con saliva, que escupí sobre él, y proseguí mi tarea. No eran nalgas de bebé, había trabajo y me gustaba hacerla. Le abrí los muslos para poder efectuar mi labor correctamente. Escupí varias veces en la raja, era necesario. Por perfeccionismo, le alcé ligeramente la pelvis.

Lo veía todo a la perfección. Lo que quedaba ofrecido y lo que colgaba.

En el bosque oscuro, durante las noches de luna el diablo hace que le lamen el culo, y aquella noche lucía la luna en la ciudad... Mi lengua estaba ocupada allí, mis manos llenas con el resto, por fin estaba pegada de verdad a él, tan pegada a él que los dos habíamos dejado de existir... en el mundo tan sólo había culo, sexo y boca, lo palpable, sabor y olor, todo eso unido en un mismo goce abisal, pacificado, rabioso y ajeno a todo.

—Falling Star^[2], ¿adónde quieres llegar?

—No lo sé. Sólo estoy haciendo un viaje.

Me detuve y esperé un instante, la lengua rasposa, las aletas nasales estremecidas, los ojos cerrados contra su carne, lo más cerca posible de su intimidad.

Me tumbé sobre su espalda y lo cabalgué

frotando mi clítoris contra su culo.

Me acurruqué tras él, regresé allí con mi cara, le levanté la pelvis, volví a pegarme a ella y a pegar la lengua, frotándole la polla con la mano derecha, la mano izquierda metida en mi raja. Me corrí cuando lo sentí listo bajo mi palma, sacudida de espasmos desde los muslos hasta la cara, enterrada en su culo, luego sustituí la boca por los dedos empapados de mí, para galvanizarlo, y para ver caer pesadamente su esperma en la sábana, mientras exhalaba curiosos gemidos.

Dormimos unas horas, estrechamente abrazados. Antes de separarnos, volvimos a amarnos con la boca, apaciblemente, largo rato, uno tras otro. Comenzó él, yo estaba ligeramente adormecida y me abandoné al placer en la penumbra, más abierta que un arco iris, rebotando varias veces como un balón en la portería, la que formaba yo misma con mis muslos. Después recogí la sábana sobre nosotros, y en el secreto de nuestra estrecha tienda, sin contar el tiempo, lo chupé y lo adoré tiernamente hasta que se derramó entre mi lengua y mi paladar.

Así tocó a su fin nuestra quinta noche, el quinto escalón del paraíso.

Sexta noche

¿Qué diría el gran Nobodaddy^[3] si nos hablase? ¡Hola! ¿Hay Alguien ahí arriba? Mis dedos, que huelen bien al salir de mi cuerpo, ¿pintarán el éter con mi jugo amoroso mezclado con sangre espesa?

Antes de que caiga la noche, amorosa, cuando ella se ha incorporado, follada, ¿quién deja en los muslos abiertos del cielo esos tonos de carne estrujada?

Nobodaddy ese pulsional ese obseso ama el amor ama el sexo, con su divina espada toca y hiende todo lo que se mueve, es decir, todo, él también abre los muslos, ahí arriba, sus muslos de virgen de vértigo eterno que desflora él mismo, dos veces al día y salvajemente, como puede verse... Nobodaddy me habla, dos veces al día y salvajemente, esto me dice: ¡Falla, revienta y córrete! O bien: ¡Túmbate y sueña! ¡Sueña conmigo y llora! Nobodaddy, eres muy amable, pero haré lo que yo quiera... Verás, amigo mío, los hay que se pasan la vida queriendo ser libres, pero yo nací libre... Y no me da miedo arrodillarme, ni ante ti ni ante los hombres, ya que soy la reina...

Nobodaddy soy, cuando me poseo a mí misma, cuando me hago yo misma hombre, cuando me desvirgo por enésima vez y encuentro en mí, mi mujer, lo necesario para volver a pintar el mundo con mis dedos manchados.

¡Dios mío, qué bonito es el mundo!

Y esta noche ¿qué haremos en la cama?

Mañana, la séptima noche, noche del señor,

Aquel a quien amo me tomará como el hombre toma a la mujer según la voluntad de Dios o de la madre Naturaleza. Pero esta noche, esta noche de hoy, se consagrará al trasfondo de las cosas.

Hombre y mujer Nobodaddy me hizo. Si quieres hacerme tu mujer, tu verdadera mujer para la eternidad, has de poseerme en cuerpo y alma. Mi coño es gilipollas, mi boca habla y mi culo os manda a la mierda. Antes de ser tu mujer quiero ser tu hombre, tu sicario, tu asesino a sueldo: conóceme, reconóceme primero por ese camino oblicuo, ríndeme homenaje, inyéctame tu semen de luz. Ángel mío, fóllame por la boca y por el culo, por la cara desde donde te hablo y por el revés de donde viene tu palabra... Puro genio mío, mi joven loco, mi patoso, mi ángel de luz, poséeme allí donde soy tu hombre, con mis dedos llenos de pintura erguidos en los muslos del cielo. Luego, luego, cuando estés desatado, hazme tu mujer si quieres, yo te la doy, ¡encárnate en mi cuerpo de carne y serás poderoso, para siempre libre alegría en la gracia del amor!

Por la tarde fui a comprar ropa interior de arpia. Porque mi amado me hace reír mucho, muchísimo. Cuando hace de ángel, cuando hace de bestia. Y yo también me hago reír, cuando me lleva por donde él quiere ir, y yo voy, Sin cansarme voy, por amor voy... Pero «ver zozobrar a las naturalezas trágicas y poder reírse de ello, pese a la profunda comprensión que se experimente», ¿no es «divino», según dijo un poeta

que se volvió loco? Sobre todo cuando se trata de uno mismo...

Lo grotesco de los sexos y del delirio se enreda en el deseo, delirio moral, deseo del bien o del mal, de pureza o de impureza, mientras los sentidos quieren una sensación nerviosa y espiritual, su límite de riesgo, un encuentro amoroso y estético, su límite de fuga en el coito... Cuando hago de ángel, cuando hago de bestia... ¡Es el diablo, el diablo que azuza! Reírse mucho divirtiéndonos, sin decir que nos divertimos...

De modo que me proveí de mis artículos de juego... Para esa noche escarpines escotados hasta el nacimiento de los dedos... Medias negras de nailon, con costura que sube por detrás de las piernas, como un corte o una promesa de raja, y acaba en agujero en el remate más oscuro que exalta la redondez de los muslos... Rodeando el templo, ligas, cintas, encajes y ganchos... ¿Con o sin bragas? ¿Sujetador o corpiño? Te asustaba nuestro primer beso como si fuese una picadura de avispa, ¿no? La que tenía que tener miedo era yo...

En casa me probé los complementos ante el espejo. Ahí tienes a tu inocente pastorcilla disfrazada de donosa puta, yeso le encanta... También ella se quiere como mujer. Toda mujer es un hombre que lleva dentro una mujer, una mujer que la pone caliente y no sabe si debe ocultada o entregada al primero que llegue... Mírame, amado mío, en mis pétalos de lencería soy una flor, no menos ligera, y me ofrezco...

Desde el taxi vi desfilar la ciudad, temblorosa aquella noche como un papel recortado y

proyectado en sombras chinescas sobre una sucesión de teatros de marionetas. El hotel estaba desierto, sumido en un silencio de hotel abandonado. El ruido de mis tacones, que habían resonado en la acera, quedaba ahora ahogado por las alfombras. Apenas entré en la habitación, a modo de beso lo hice tumbarse en el suelo y me senté sobre su cara.

¡Ah, me hubiese gustado asfixiado! Abría y cerraba mis muslos en torno a sus orejas, me balanceaba, me masturbaba con su nariz, le colocaba las nalgas en los ojos, para que se enterase, me incorporaba abriéndolas con los dedos para que lo viera todo bien, regresaba a su boca... Inundados, el uno y el otro, el uno por el otro...

Una vez satisfecha, me incorporé, me quité la falda y lo de arriba y, mientras él se desnudaba, me tumbé arqueada encima de la cama para presentarle mi culo, con la cabeza hundida y sepultada entre las almohadas. Lo estrujó, lo mordió y lo lamió hasta sentirme dispuesta.

Permanecí inmóvil, con una mezcla de miedo y de impaciencia, y me penetró. Al principio con suavidad y prudencia, luego directamente hasta el fondo. Comencé a decir cosas y obscenidades, que salían solas de no sé dónde.

Se retiró, me dio la vuelta y me cabalgó en la cara. No para que se la chupara, sino para penetrarme y follarme la boca, embistiéndome.

Varias veces me dio la vuelta, como una carta de baraja. Yo me dejaba golosamente, mi cuerpo era puro delirio orgiástico, habitaba indistintamente aquí o allá, según él se hundiese

aquí o allá, se hundiese sin límites, extraordinariamente amenazador y placentero, despiadado e invasor. En la violencia de aquella relación, deliberada, enajenante, que él controlaba, mi placer llegó por los dos lados, boca y culo, y de forma extraña, muy física y mental, remitiéndome a mi singularidad.

Salió de mi boca para terminar de poseerme cara a cara, mirándonos a los ojos. Al llegar al orgasmo, se dejó caer sobre mí, pesado, delicioso, los dos con los brazos en cruz y los dedos unidos. Luego permanecimos tumbados boca arriba, pegados el uno al otro, con la luz apagada, tomados de la mano y en silencio.

Un poco más tarde, de noche, salimos a caminar por las calles desiertas y nos detuvimos a cada momento para besarnos, locos de amor. Soplaba una suave brisa, las luces de la ciudad dejaban asomar algunas estrellas diseminadas sobre los tejados, unas almas abandonadas.

Nos sentamos en un banco a la orilla del río oscuro. El agua fluía en silencio, poderosa. En la profunda y compartida soledad se oyen voces, se oyen voces...

Volvimos a besarnos. Me metió la mano bajo el vestido, me masturbó así, colgada de su cuello, de su boca, transida de placer, de placer carnal y del placer de estar allí con él.

Todo era blanco y negro, de un blanco de luna y de un negro de carboncillo, todo era tierno, aterciopelado, dulcemente misterioso, junto a nosotros un sauce llorón murmuraba, mientras el agua, más cerca, cantaba con su discreto chapoteo; nosotros mismos parecíamos en blanco y negro,

nosotros mismos estábamos hechos de esa luz del blanco y negro que se desliza por las formas como gatos en los tejados por las noches, esa luz en la que el tiempo se extravía, se abandona y se olvida de sí mismo, como una mujer enamorada a quien su amante acaricia en la oscuridad, y cuyo placer se pasea y rebrota en la esquina de un cuadro.

Le abrí la bragueta, tomé su miembro en mi mano, allí, bajo el cielo; y cuando sentí que su vena se hinchaba y palpitaba más fuerte en la palma de mi mano, me arrodillé ante él para recibido en mi cuello.

Regresamos a las calles, paramos un taxi y me acompañó hasta mi portal. Me acosté y me dormí enseguida, con una sonrisa pintada en los labios. Había transcurrido nuestra sexta noche, de lo más hermosa...

Séptima noche

La última noche me esperaba en el vestíbulo del hotel. Me dijo que tenía una sorpresa para mí, y salimos al momento.

La primavera estaba ya muy avanzada. Era un día de julio, el aire era tibio y caliente aún a medianoche. Yo me había puesto mi vestido blanco ceñido, de algodón con flores estampadas: era mi forma de celebrar a un tiempo mi rejuvenecimiento, el retorno del verano, y en cierto modo nuestra noche de bodas, pues él iba a «desflorar»me, iba a penetrar por primera vez mi santuario femenino.

Saturno refulgía en el cielo cual «espuma burbujeante en torno a una quilla cuando la proa penetra en una bahía a medianoche», como dijo un poeta.

Fuimos a los muelles, al oeste de la ciudad, y bajamos hasta un pequeño yate allí amarrado. Subimos a bordo, llamamos a la puerta del camarote, cuya luz brillaba a través de los vidrios cubiertos con cortinas azules. Un joven nos abrió y nos invitó a entrar. Pasé delante de él sin despegar la mirada de sus ojos negros, brillantes, que se clavaban lentamente en los míos.

Mi amante me lo presentó, era un sobrino suyo, aunque no retuve su nombre, los hombres tienen tantos nombres... El joven me sonreía, tenía la piel oscura y un rostro de dios. Sacó el ramo de rosas pálidas que había en el jarrón, encima de la mesa, y me las tendió, con los tallos goteantes. Las tomé, riéndome, y él también se rio, mostrándome su mano, donde relucía una gota de sangre. Luego nos dejó para ir a soltar amarras y entró en la cabina del piloto. El barco zarpó.

Bebimos un par de copas y empezamos a tocarnos. ¿Cuánto tiempo se necesita para agotar el deseo? Mis manos le abrían la camisa, mi boca buscaba su boca, le besaba por toda la cara con fervor, buscaba su piel y sus pelos, besaba su torso, sus hombros, su vientre, mi nariz buscaba en sus pliegues su olor, mi lengua lo paladeaba como lengüetea una gatita, mi oreja se apretaba contra su corazón para oírlo latir, contra su boca, que susurraba, para notar mejor su aliento, mi vientre y mis muslos lo ceñían y lo oprimían para sentir de nuevo la quemazón en mi raja... Todo eso me decía que no bastarían mil años para agotar mi deseo de él. Y que no me habrían bastado mil manos, mil bocas, mil muslos abiertos, para amarlo profundamente. Ni tampoco me habrían bastado dos sexos, uno de mujer y otro de hombre, para fallarlo como hubiera deseado. Rompí a llorar.

Me besó y me acarició, pero yo quería y no quería que me consolase. Me hubiese gustado golpearle y morderle, hasta tal punto me hacía bien y mal deseado tanto... Aquel cuerpo, aquella carne, aquella alma, los tenía en mi alma y en mi piel, pero no los tenía, nunca los tendría, ¡aunque me los comiera!

—Déjame a mí..., déjame a mí... —le supliqué.

Y cada vez que abría la boca para hablarle se atizaba más la llama entre mis piernas, tenía allí el foco de un incendio que se propagaba, que me lamía los muslos y el corazón, y ardía bajo mi piel hasta los dedos de los pies, hasta la raíz de los cabellos.

Tal como estaba sentado le bajé el pantalón y

los calzoncillos, pero sin quitárselos. Quería ver su polla, así, medio tiesa, asomando como un animal recién liberado. La froté por mi rostro y mis párpados y me recogí el pelo para darme unos golpecitos con ella en la nuca, en las orejas. Con mis manos, con mi boca, la traté con toda la dulzura del mundo, llamándola cariño mío y diciéndole palabras tiernas, besándola, sopesándola y arañándole suavemente los testículos.

¿Cómo iba a cansarme nunca de sentir aquella piel fina y fragante en la punta de mi lengua, en el hueco de mis manos? Nada podría hacerme olvidar aquel tesoro, lo sabía, y ello me desesperaba al tiempo que me fascinaba.

Me incorporó, se acercó al borde del banco para que me sentase encima de él. Me quité las bragas, me levanté el vestido, y a horcajadas sobre sus muslos me empalé directamente, rodeándole la espalda con las piernas. Lancé un grito de alegría y me corrí al instante.

El ligero oleaje y el ronroneo del motor nos mecían. Cambié de postura para empalarlo en el otro sentido, de pie, con el culo vuelto hacia él. En el momento de inclinarme para sujetarme las rodillas, vi los ojos del joven, tras la ventana, por un resquicio de la cortina.

Pasamos a la habitación, nos desnudamos y seguimos haciendo el amor en la cama, apaciblemente, profundamente. De cuando en cuando pensaba en el joven, su sobrino, y me preguntaba si se habría masturbado viéndonos. Sí, seguro que lo había hecho, y me lo imaginaba arrojando su esperma al cielo de la noche, como

unos fuegos artificiales de color blanco. Los de mi amante brotaron hasta el fondo de mi vagina mientras yo me retorcí despacio, en un interminable orgasmo. Él se tumbó hacia un lado y empezamos a reírnos, con el cuerpo totalmente relajado.

Se había dormido, pero yo no podía, algo me lo impedía. ¿Por qué permanecemos con los ojos abiertos en la oscuridad cuando no hay nada que ver?

Vi rayar el alba, cómo esta se acercaba con pasos de cierva al adorado rostro de mi amado. Me levanté sin despertarle, me puse el vestido sin nada debajo y salí, descalza.

El joven estaba allí. Me dirigió su sonrisa de ensueño, me tomó de la mano y me llevó a cubierta. Nos tumbamos boca arriba en el suelo, contemplando en silencio cómo se alzaba el día en el cielo, sobre el agua y las orillas del río, verdosas. Unas gaviotas gritaban en la estela del barco. El joven se tumbó sobre mí y me penetró directamente.

Mientras me corría con la cabeza echada hacia atrás, me dio la impresión de ser yo misma una gaviota. Mi amado era una de ellas, y volando por encima de la espuma me veía mirarle en mi placer, sabedor de que yo no podría nunca, nunca, agotar mi deseo de él, y que eso era para los dos una bendición, y una maldición.

El joven no hablaba bien el francés, pero, con su acento encantador, supo encontrar las palabras con que jurarme amor eterno. Decidí creerle, sus ojos eran tan profundos, su piel, tan suave, y el alba, tan conmovedora...

Notas

[1] Diálogo de la película *La bella y la bestia*, de Jean Cocteau. (N. de la T.). < <

[2] Personaje de una leyenda sioux, hija del Sol y de la Luna. (N. de la T.). < <

[3] Personaje del poema «To Nobodaddy», de William Blake. (N. de la T.). < <